



El viaje de Pietro della Valle

el peregrino (1586 – 1652)

TOMO I.03 – Llegada a Quíos y visita a Troya

Cartas escritas durante los 12 años de su viaje por
Próximo Oriente e India
a su amigo Mario Schipano.
(1614 a 1626)

Edición y traducción: Esmeralda de Luis y Martínez
esmeralda.deluis@cedcs.eu

Colección: Clásicos Mínimos. Viajeros por Oriente. E-books.
Fecha de Publicación: 31 de agosto de 2023
Número de páginas: 10
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la **Fundación CEDCS: Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

*CONTINÚA la Carta I
desde Constantinopla,
del 23 de agosto de 1614*

I.03 – Llegada a QUIÓS y visita a TROYA.

[A Quios] la llaman
el “Jardín de Grecia”.

... **M**ientras permanecemos en aquel lugar, el Señor Vincenzo Giustiniano, sobrino del Señor Marcello, con el que estuve en el navío de la República, vino acompañado del Sr. Bernardo Grimaldi, con caballos y barcas para recogerme amablemente y llevarme con ellos. Todo fue tan bien que el dieciocho de julio, ya en su compañía, bajé a tierra en esta isla, llamada con todo derecho “las delicias del archipiélago” y “el jardín de Grecia”.



Como ya anticipé, al haber desembarcado bastante lejos de la ciudad, tuve todo el tiempo que quise para paseando, apreciar una buena parte de la isla. Anduvimos todo el día por la campiña en donde crecen los arbustos que producen la almáciga. A su alrededor, los campesinos ya habían limpiado la tierra para recoger esa resina, y en algunos sitios habían empezado a hacer

incisiones en las cortezas de los árboles para que destilaran mejor su látex. Estos árboles no eran otros, como vos ya sabréis, que el lentisco ordinario.

Se producía allí
un vino exquisito

Es curioso ver que la mitad de la isla, en la que crecen estos árboles, es terreno pedregoso y casi estéril, pero en la otra mitad, se dan unos viñedos excelentes, salpicados de sotos, que producen mil delicias. De entre los lugares más bonitos que pude ver, hay una región que tiene un vino exquisito; lo llaman el vino de Homero, porque creen que fue allí en donde nació, o tal vez fue enterrado este gran poeta.

Caminamos durante todo el día sin prisas, para visitar tranquilamente y disfrutar de las numerosas y populosas aldeas, y caída la tarde nos fuimos a pasar la noche a un airoso alojamiento, que aquí lo llaman torre, y tal vez el más admirable de toda la isla. Su propietaria, una vieja sultana, la tiene alquilada para posada al señor Pietro Justiniano, cuyos hijos nos invitaron esa noche.

Curiosidades
de estos isleños.

Por la mañana partimos hacia la ciudad, atravesando una llanura, que bien podría extenderse unas tres o cuatro millas, repleta de esos torreones fortificados y numerosos jardines. Nunca había contemplado un espectáculo tan bello. Estos señores me dijeron que todos estos isleños presumían de hacerse construir tales torreones en el campo para retirarse allí en tiempos de peste.

No se permite
a ningún extranjero
viajar por tierras
del Turco...

Entramos en la ciudad a la hora de la cena, y yo me fui a alojar a casa del Señor François Dupuy, Vicecónsul de Francia, que me atendió y quiso retenerme por más tiempo en su compañía para evitarme el peligro que hubieran podido causarme los nuevos edictos publicados contra los extranjeros, que venían a decir que a cualquiera que no perteneciera a una nación de las aliadas a los turcos, no debía ocurrírsele venir ni residir en estos países. No obstante, y sin infravalorar estas medidas, que conocía de sobra antes de salir de Italia, persistí en mi deseo de seguir adelante con mi viaje, con la esperanza de poder superar por mi propia destreza todas las dificultades y peligros que se me pudieran presentar.

Descripción de la
ciudad de Quíos.

Pero volviendo a mi propósito: me quedé en Quíos, con la mayor satisfacción del mundo, nueve o diez días. La ciudad es grande y hermosa, aunque más bien

por su emplazamiento que por sus edificios. El lugar en que las casas se extienden extramuros, no era hasta hace poco más que un simple extrarradio, en donde actualmente residen todos los cristianos, ya que no se les permite quedarse ni un día al otro lado de las murallas, y menos aún entrar al castillo, construido en forma de ciudadela, y el auténtico lugar de encuentro de la ciudad antes de estos edictos. Los turcos aquí viven siempre entre la sospecha y la desconfianza desde el día en que las galeras de Florencia intentaron sorprenderles. El total de los habitantes de ambas ciudades [cristiana y turca] no llegará a las veinte o veinticinco mil almas.



La guardia de la ciudadela solo está formada por turcos de nacimiento, y es tan grande como el castillo de Nápoles, o incluso un poco más. Me han contado que allí dentro hay calles bien construidas, y casas mucho más bonitas que las de la ciudad baja, pero me fue imposible ver nada de esto, por culpa de la desconfianza de los oficiales. Aunque si algún día vuelvo con un pasaporte del Gran Señor, intentaré por todos los medios entrar allí. Me aseguran que la isla tiene un contorno de unas 90 millas, cosa que creo cierta, por haberlas recorrido yo personalmente.

*Aquí la libertad
es hermosa y perfecta.*

Por lo demás, aunque estas tierras estén dominadas por los infieles, se vive con más tranquilidad y libertad que en el resto del mundo, y el único ejercicio que aquí practican es el de cantar, danzar y pasar el tiempo en amables conversaciones con las damas; no solo durante el día, sino que pueden alargarse por las calles hasta las cuatro o cinco de la madrugada, de tal suerte que no recuerdo haber vivido una vida tan feliz como ésta desde mi nacimiento, y creo que si hubiera tenido la suerte de quedarme aquí, me habría vuelto loco de tantos placeres.

*La gente de Quiós
es cortés y oficiosa.*

El historiador Belonio está cargado de razones cuando afirma que los habitantes de Quiós son corteses y oficiosos, porque en realidad todo lo que se diga en ese sentido es poco.

*No se puede decir
que aquí las mujeres
sean muy virtuosas.*

Gracias a mis amigos y a mi conocimiento de la lengua, en la que me desenvuelvo aceptablemente, pronto adquiriré buenas amistades, y encontré tal cantidad de amantes, que en ocasiones tenía dos citas el mismo día con damas distintas; tengo que reconocer que son verdaderamente hermosas y con gracia, pero sus costumbres no me gustan demasiado.



En la cabeza y como único tocado, las mujeres solo llevan una sencilla cofia que, aunque artísticamente elaborada y entrelazada con cintas verdes, azules y rojas, cubren casi todo su cabello y una buena parte de la frente de una forma desagradable que, sin duda, enmascara cualquier gracia. Sus corpiños son tan cortos que dejan al descubierto la cintura, subiéndolos muy altos, y casi hasta el cuello y los hombros, lo que no contribuye a realzar la belleza de su talle; por cierto, bastante bien formado y de un porte más que razonable. Les gusta aparecer como mujeres vivarachas y atrevidas, no solo cuando caminan, sino incluso cuando danzan, en donde bajo sus faldas, un poco cortas, se pueden ver sus pies realizar unos pasos bien acompasados; calzan unos elegantes escarpines, confeccionados con terciopelo y muy bien aderezados a su gusto; de hecho, me han parecido tan bonitos, que he mandado hacerme un par para enviarlo a Roma.

*El Señor della Valle
Abandona Quíos.*

Andaba yo entretenido de esta suerte, cuando nuestro barco, que había dejado a la entrada de la isla, llegó al puerto de la ciudad. Una tarde, de improviso, mientras estaba mirando desde la ventana, me di cuenta de que se disponía a izar las velas al viento, y que tendría que partir rápidamente para embarcarme, cosa que hice no sin echar varias maldiciones contra el patrón que me privaba tan pronto de tantos placeres, llevándome a la ventura sobre unas despiadadas olas, y a merced de vientos contrarios que, en efecto, nos atormentaron durante siete u ocho días de penurias antes de poder llegar a buen puerto. Durante todo este viaje solo pude ver la isla de Egnufi, en donde enterramos, cerca de la orilla a uno de los nuestros que murió tras enfermarse. Continuamos avanzando y avistamos Metelin o Lesbos, a mano derecha, así como a Lemnos e Imbros, a la izquierda, y más lejos, en tierra firme, el Monte Athos, la llamada Montaña Sagrada. Por fin, el tercer domingo de agosto, ya casi al mediodía, echamos el ancla en la isla de Ténedos, pero muy alejados de la ciudad, en la desembocadura del canal que la separa de la tierra firme del continente, del lado de Troya.

*Su curiosidad por las ruinas
de la antigua Troya*

Al encontrarme tan cerca, una generosa impaciencia se apoderó de mi persona, y envié rápidamente a mi fiel criado Tomasso, que vos ya conocéis, a preparar una barca que pudiera llevarme a los lugares en los que tuve tiempo de contemplar con calma las ruinas de esa célebre Troya que, como dice Virgilio, es

La gloriosa cuna de donde salieron nuestros padres. (Eneida. 3.)

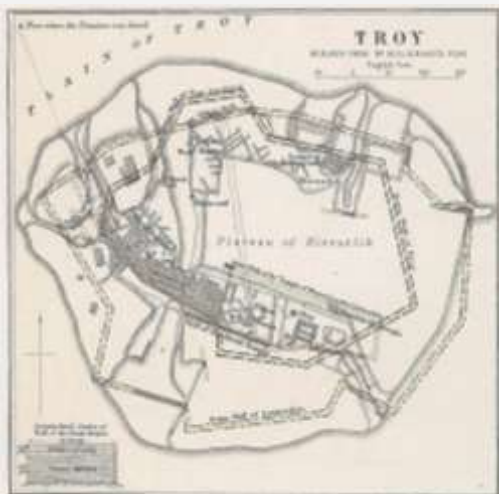
Della Valle se hace acompañar por cinco o seis personas que ha tomado a su cargo durante este viaje.

Después de que mi sirviente partiera, nuestro gran navío tuvo viento suficiente como para acercarse a ese lugar, y al día siguiente me prepararon un esquife, capitaneado por un patrón turco, acompañado de ocho marineros griegos, en el que me embarqué a la hora de cenar con Tomasso y Lorenzo, los criados que traje conmigo desde Italia.

Entonces me despedí de este galeón, y para entretenerme durante la travesía tomé a mi cargo a tres kalóyeros griegos amigos míos; a un monje de Constantinopla, de la Orden de San Francisco, y a un comerciante oriundo de Francia con su criado. Todos compartíamos la misma curiosidad de ver algunos vestigios de aquella Troya tantas veces nombrada. No obstante, dejé en el barco del que había descendido, al Hermano Andrea Fiammingo, mi buen fraile, para cuidar de mi equipaje hasta que llegáramos a Constantinopla. El hermano Andrea ya había hecho algunos viajes a Jerusalén, y como aún andaba con deseos de regresar allí, en Priesi me lo encomendó el Cardenal Crescencio, en la diócesis de la que procedía, para que en esta ocasión me sirviera de experto y fiel compañero.

Al cabo de una hora, y gracias a un fuerte viento favorable, llegamos a tierra. Nada más poner pie en aquellos parajes, yo los besé con gran afecto y respeto en memoria de nuestros ancestros, allí nacidos. Recogí pequeños fragmentos, que aún conservo, de aquellas preciosas ruinas. Me puse a recorrer el lugar con auténtico placer, hallando muchas más cosas dignas de mención de las que yo había imaginado, ya que, sobre aquellos antiguos restos, hay otros, de tiempos posteriores, y mezclados los unos con los otros.

Situación y descripción de la ciudad de la antigua Troya.



Era tal la ardiente curiosidad que me poseía que, deseando hacer más de dos leguas para descubrir algunas rarezas, me olvidé por completo del espanto que algunos intentaron imbuirme con pretendidas emboscadas de ladrones en esos lugares poco habitados. Por comentarle alguna cosa, créame que la ciudad de Troya fue construida sobre la orilla del mar, frente a Tenedos, tal y como la describe Virgilio, en medio de dos cabos; uno orientado al mediodía, hoy conocido como Cabo de Santa María, y el otro, del lado de Constantinopla, el Cabo de los Jenízaros que, según dicen, en otra época se llamaba el Puerto de

Sigeo; siendo esos los confines de todo el país tirando hacia el mar, y que en la actualidad aún reciben el nombre de la antigua Tróade, como se la conoce vulgarmente.

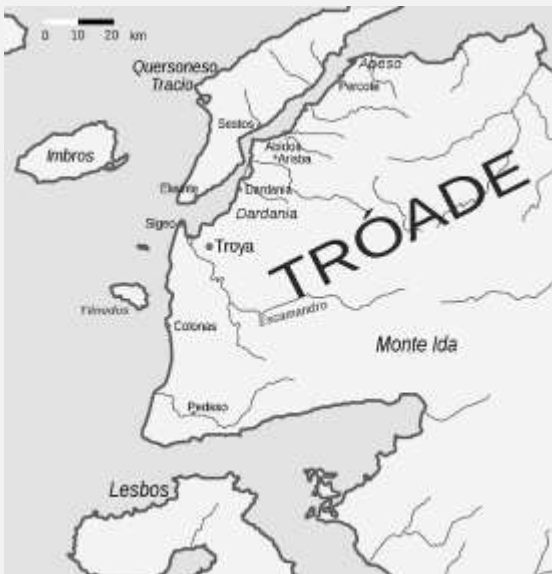
A unas cuantas millas se puede ver desde el mar el monte Ida, que cierra la ciudad por la parte de atrás. No me entretuve en subir hasta allí, pues pude observarlo al amanecer, con los primeros rayos del sol, tal y como dijera el poeta,

La aurora apareció por la cumbre del Ida. (Eneida. 3.)

No sé cómo se podría describir esta tierra que nos rodea, si como montañosa, llana, o de suaves colinas; pues se recorre toda ella tan fácilmente que se la podría tomar por una vasta llanura poco fértil; aunque desde luego no lo sea, pues por todas partes se aprecian hierbas olorosas, sobre todo tomillo, junto a otros arbustos y flores, y me da la impresión de que lo que la hace parecer estéril es la falta de cultivos. Bien es cierto que cerca de la ciudad no se aprecia ni un solo manantial; pues las riberas del Simois¹ y del Xantho², no están cerca de lugares habitados, y sus aguas discurren a más de una legua de distancia de allí.

El monte Ida.

Un poco más allá del monte Ida, a dos jornadas del mar, se puede ver otra montaña, que creo se trata de la que Belonio ha llamado el Olimpo de Frigia; pero no me pareció tan alta como la describe, comparándola al Monfenís, o, quizá su lejanía me engañaba la vista.



De la antigüedad de las ruinas, solo puedo decir que encontré al borde del mar los restos de una muralla gruesa y maciza; una mole que solo podía ser lo que llamamos rompeolas, reconocible por unos pilares en los que se ataban las cuerdas

para sujetar los navíos; pero que debido al paso destructor del tiempo y del corrosivo viento marino, esos pilares hoy se ven tan carcomidos y ásperos como los pedruscos de Ponce, a pesar de que fueron construidos con un mármol,

¹ Simois era el nombre dado en la antigua Grecia al actual río Dümruk Su de Turquía. Tiene su fuente en el Monte Ida y se une al Escamandro en la llanura de Troya. Es citado numerosas veces en la *Ilíada* por Homero. En la mitología griega, Simois era un dios-río de la Tróade, hijo de Océano y de Tetis.

² XANTHO, *Xantus*, (*Géog. anc.*) famoso río de la Tróade, en Asia Menor. Nace en el monte Ida y se pierde por el Helesponto, y Plinio (*l. V. c. xxx*) dice que se une al Simois. Estos dos ríos desembocan juntos en el puerto de los Aqueos. Algunos autores, fundándose en estos versos de Homero “Los dioses lo llaman Xanthe, y los hombres Escamandro” (*Ilíada*, v. 74) creen que el Xanthe y el Escamandro son un único río.

antaño fino y duro, del que, por cierto, me he traído un trozo que arranqué con la mano.

El antiguo muelle de Troya.



Ese muelle servía de dársena a algún puerto, u otro tipo de fortificación en forma de atarazana, ahora cegado por la tierra; aun así, todavía queda en medio un poco de agua salada, formando una pequeña marisma que deposita sobre la arena que la rodea una abundante espuma de donde se extrae sal. Estoy seguro de que ese reducto era precisamente una dársena, porque aún se aprecian en el interior de muchos sitios, llenos de barro, otros pilares que se mantienen erguidos, y que debían servir, al igual que los demás, para amarrar allí los barcos. Si esa marisma siempre ha estado ahí, no se puede decir que sea ese el lugar en donde Virgilio dice que nació el traidor Sinone¹.

Tumbas de los troyanos.

También hallé a las orillas del mar numerosas basas de columnas enormes, prácticamente igual que las de la Rotonda de Roma, y muy cerca había dos caídas; una rota, que medía unas treinta huellas de mi pie. En otros lugares de allí mismo, se veían columnas dispersas aquí y allá, gruesos fragmentos de mármol de diversos tipos, así como numerosas tumbas de sólido mármol de un palmo y medio, ¡y quien sabe!, ¿acaso no podrían ser esas las sepulturas de tantos bravos guerreros que murieron combatiendo para defender las murallas de Troya?

Asimismo, pude observar un gran acueducto por el que un hombre puede caminar de pie; pero me dio la impresión de que aquello debía ser más bien una alcantarilla, que un conducto de agua potable, porque su canal estaba bastante profundo y bajo tierra, y va a desembocar al mar, justo donde rompen las olas; aunque cuando pienso en su estructura, todavía tengo dudas sobre lo que en realidad pudiera ser. Por allí encontré otro acueducto casi idéntico, pero más grande, lo que me extrañó, porque por él podría haber transitado cómodamente una carroza, y cuando pasé sobre su desembocadura, me dio la impresión de

¹ Sinone: personaje de la *Eneida* (v.). Aunque Virgilio no lo presenta directamente, desempeña un papel importante en la destrucción de Troya según la narra Eneas (v.) a Dido (v.) en el libro III.

atravesar por un puente; pero no creo que lo sea, ni tampoco acueducto; uno, por estar demasiado bajo, y el otro, demasiado alto, y me han asegurado que se extiende bastante entre dos tierras, de manera que me figuro que podría tratarse de un camino subterráneo, y que fuera por ventura al que Virgilio se refiere así:

*Por allí, en el esplendor del Reino Troyano,
Andrómaca pasaba y encontraba el modo,
de llevar a Príamo, sin ser acompañada,
al joven Astianacte¹, esperanza de su linaje. (Eneida. 3.)*

Aún se pueden ver un montón de ruinas de numerosas mansiones grandes, y de torres, y templos, de los que reconocí algunas de las indicaciones que hizo Belonio, y otras, que no creo que haya visto, así como inscripciones latinas, que observé con curiosidad, pues por ellas se puede comprobar que esta misma ciudad fue reconstruida y repoblada por los emperadores de Roma, mucho tiempo después de la muerte de Príamo.

**Ruinas del
palacio de Ilión.**



A milla y media de aquí, encontré un palacio del que (el de Ilión, como creen las gentes de aquí, o posterior) se podría concluir, por su calidad y estructura, que bien podría tratarse de un castillo o de una mansión real. Aún se conservan muros enteramente de mármol, de un grosor de unos veinticinco o treinta palmos, pórticos y amplias torres, y todo cuanto se pudiera esperar en un edificio regio.

Me subí a la muralla más alta de las que aún quedan en pie, para mejor considerar y descubrir todo el paisaje de alrededor, extendiendo mi vista hasta el monte Ida. He esbozado un pequeño bosquejo de todo el plano de estos lugares; bosquejo que un día haré diseñar bien si encuentro a alguien que interprete correctamente lo que he dibujado. Belonio habla de los vestigios de una gran torre, que cree que se trata del faro, pero yo he visto uno similar, aunque más adelante, por la parte de la tierra, y demasiado alejado del mar para ese uso, con lo que he imaginado que bien pudiera tratarse de esta otra [torre]:

*Desde donde se veía toda Troya,
y las naves de los aguerridos Dánaos, aguardando su presa. (Eneida. 3.)*

¹ En la mitología griega, Astianacte es el hijo de Héctor y de Andrómaca, y nieto de Príamo, rey de Troya. Héctor le dio el nombre de Escamandro (en griego Σκαμάνδριος), el del río que baña Troya, pero el pueblo prefiere llamarlo Astianacte (“El que reina en la ciudad”).

Puede que Virgilio describiera en estos versos la descripción de la torre que fue demolida y precipitada sobre los Egeos la noche misma en que saquearon la ciudad. Además, la que yo he visto estaba a una milla del palacio real, el que se cree fuera el de Ilión; en cambio, de la que habla el poeta estaba contigua, y era como una dependencia más del palacio real de Príamo, tal y como señala nuestro poeta:

Por debajo todos los tejados; cerca las estrellas. (Eneida. 3.)

Sea como sea, la que yo contemplé allí presentaba una hermosa arquitectura, y se parecía a los edificios de los Señores Comti, y del Ejército de Roma. Sólo encontré una de esas cisternas hechas de piedra negra citadas por Belonio. Me apetecía probar aquella agua, por eso de presumir después de haber bebido del agua de Troya, así que hice echar un cuenco de arcilla que había por allí, enganchado al turbante de nuestro turco, que lo hizo descender hasta el fondo, tirando de la improvisada cuerda, y el agua me pareció agradable y fresca, o al menos así la sentí yo, por el calor y la sed que tenía. Toda la superficie de la ciudad, que era bastante grande, a juzgar por los vestigios que iban apareciendo, y que podría tener varias millas de contorno, todo ese territorio, dije está lleno de piedras, de fragmentos de mármol, de viejas murallas, y se puede conjeturar claramente que esta ciudad estuvo habitada por un pueblo numeroso.

No os podéis imaginar con qué sentimiento y qué ternura caminaba yo por esos lugares, recordando, a cada paso que daba, las antiguas historias.

*Allí acampaba Dólope, por aquí corría Aquiles,
La flota estaba ahí; allí abajo se asediaba la ciudad. (Eneida. 3.)*

Pero cuando pensaba que en otros tiempos aquí donde hubo magníficas vías y soberbios palacios, ahora no se ve más que soledad, y campiñas desiertas; me senté lleno de compasión, aunque de sobra sé que así es la ley de la propia naturaleza.

Todo perece en esta vida, ciudades y reinos. (Tafs. Gier. Cant. 15.)

Yo seguía lamentándome de lo injusto de esos caprichos, causantes de que una ciudad tan célebre como lo fue ésta, con un palacio real tan suntuoso como el de Príamo, estuvieran hoy cubiertos de una espesa maleza. No podía evitar mi enfado, y arranqué con furiosa emoción un buen puñado de broza que había tenido la audacia de hacer perder su hermoso aspecto a estas murallas, por cuya protección tantos hombres valerosos habían perdido la vida, y regado con su noble sangre todos estos campos...

Próxima entrega: I.04 - De TÉNEDOS a GALLIPOLI y CONSTANTINOPLA